Raymundo Gomezcásseres, *Metástasis**

Adolfo Ariza, en el prólogo a la reciente edición de *Metástasis*, acierta al proponer a Pepe y Gonzalo como amigos de quienes llegan a leer el libro. Tiene razón. Ahora son amigos míos también. Algo que sentí al rompe apenas ellos inician su conversación poco convencional en la habitación del Hospital Universitario de Cartagena, donde Gonzalo está recluido, aquejado de un cáncer linfático que lo acabará en seis meses.

Son entrañables para mí por varias razones. Entre otras, por la proximidad generacional, los años sesenta, la música, el béisbol, el fútbol de playón y la similitud de la atmósfera de los pueblos en los que nos criamos jugando los mismos juegos —la libertad— y haciendo las mismas amistades. La Montería aún rural de los años sesenta que irrumpe en la novela se diferencia poco de la Ciénaga de los años setenta en la que empecé a hacerme hombre y voraz lector.

Así que por estas razones, y por otras que omito, me siento próximo a este par de compinches de Raymundo Gomezcásseres. Son entrañables en la felicidad, en las ilusiones, en el padecimiento, en la muerte, que ambos quizá hayan vivido desde el momento en que sus manos coincidieron en un rústico bate de béisbol en una Montería desaparecida, que cambió impulsada por otras metástasis.

La muerte de Gonzalo de alguna manera sugiere la muerte de una Montería en la que fueron felices bebiendo, oyendo salsa, puteando, protestando y escribiendo; sin duda, los signos de nuestro mayo tropical a cuarenta grados. Esta muerte de la Montería pueblo, que horroriza un poco al Pepe que vuelve tal vez él también, sin saberlo, a *recoger los pasos*, tiene una particularidad: no desaparecer como

* Raymundo Gomezcásseres, *Metástasis* (2.ª edición). Cartagena: Universidad de Cartagena, 2014. Impreso. La versión original de esta reseña fue publicada en *El Meridiano Cultural*, el 8 de noviembre de 2014. Disponible en goo.gl/3jgMQI.

desaparece Gonzalo, sino convertirse en otra cosa, la placa de asfalto que un Pepe dolido quisiera destruir. Es, sin embargo, una forma de muerte para seguir viviendo o agonizando, según se mire su metamorfosis.

La esperanza sin embargo, a pesar del dolor, el olor y la muerte, a pesar de la mutación de pueblo a ciudad que sufre Montería, de las muertes de los amigos, aparece al final en el gesto de entrega que Pepe hace de la gorra de béisbol al hijo de Gonzalo, el niño Gonzalo Enrique. En este hecho, aparentemente sentimental, encuentro una clave poderosa: un cambio de mando que prescinde de las palabras; que nada exige, pero que todo lo torna visible.

Montería ha cedido al concreto, a la acelerada urbanización, a las corruptelas, a las migraciones, a las invasiones, a la violencia sistemática: a metástasis de distintos signos. También Ciénaga, Santa Marta y Barranquilla las han padecido, las padecen, en un ciclo que tarda en cerrar. Pero no todo está perdido. Queda esperar que otros tomen el mando para completar la tarea que ellos perfilaron. Ellos, los chicos que se hicieron hombres entre fines de los sesenta y la primera mitad de los setenta, una etapa de tránsito que la salsa y el vallenato marcan bien. ¿Será la generación de Gonzalo Enrique la que asuma la tarea inconclusa? Por lo pronto, la gorra que él se cala le queda bien, muy bien.

Buena novela esta *Metástasis,* que en su segunda y definitiva edición se lee de un tirón de noventa minutos, el tiempo que el Barcelona tardó en caer ante el Celta de Vigo (0-1) en su propio estadio. ■

Clinton Ramírez

Santa Marta, noviembre de 2014